

El Venado

El sol se despedía del día y las sombras de los edificios se precipitaban sobre nosotros con vigor. Blanca y yo acostumbábamos a pasear después de la escuela. Esa tarde, tras deambular por la plaza, nos dirigimos a la parada de autobuses en Cinco de Mayo. De repente, un alarido estridente nos conmocionó.

Una mujer se desplomó en la acera del otro lado de la calle. Inmediatamente, un hombre salió corriendo en la dirección opuesta. Al llegar a la esquina, giró a la derecha por Aquiles Serdán.

Fue todo tan vertiginoso que apenas recuerdo haber desatado los cordones de mi morral. Lancé una mirada a Blanca, esperando que captara mi plan. No hubo pensamiento ni meditación, tan solo me dejé guiar por el impulso. Liberé a Blanca y me encaminé tras el sujeto.

En los primeros trechos de la carrera, sentí que lo alcanzaría sin mayores dificultades. Después de todo, solía practicar baloncesto en el colegio. Mas no había tiempo para cuestionamientos, solo para correr. Así que corrí con todas mis fuerzas, zigzagueando entre las fisuras de las aceras y evitando los autos aparcados, sin la más mínima idea de qué haría al alcanzarlo. Por un instante, la distancia entre nosotros se acortó tanto que mis manos se crisparon, pero el hombre fue más veloz. Yo, con un desamparo patético, me rendí ante el dolor abdominal y el vértigo que me asaltaron.

«Es un venado» pensé.

Era la expresión que mi hermano Víctor solía emplear para referirse a aquellos que huían con desesperación y afán de supervivencia.

Cansado y sin resuello, caí de hinojos mientras el ciervo huía. Llegó a la calle Colón, vaciló en la encrucijada y prosiguió su camino hacia Juárez.

De repente, percibí el estruendo de un motor y alcé la vista. Era un hombre robusto y de edad madura montado en una motocicleta. Logré distinguir su corpulencia y su tez nívea mientras pasaba a mi lado. No comprendía lo que estaba aconteciendo, pero el hombre adelantó al ciervo y lo detuvo. Era un aliado.

De improviso, oí el rugido de un motor y alcé el rostro. Un varón corpulento y maduro en una motocicleta cruzó ante mi vista. Observé su obesidad y tez blanca mientras pasaba junto a mí. No comprendía lo que acontecía, más el hombre adelantó al venado y lo acorraló. Resultó ser un aliado.

Ambos actuaron con prontitud. El hombre estaba aterrado, sin embargo, se bajó de la moto y encaró al venado. Por un instante mantuvieron cierta distancia. El venado parecía dispuesto a batallar brevemente, solo para desarmar al hombre y escapar sin mayores dificultades.

Reanudé mi andar jadeante y recuperé el aliento mientras contemplaba la singular danza. El hombre rodeaba al venado con el cinturón en la mano diestra, arrojando latigazos. Uno, dos, tres veces. El venado los evitó todos. Era, sin lugar a duda, más ágil que el hombre y le asestó una patada en el estómago. El hombre cayó al suelo, más por temor que por el golpe.

Cuando recuperé fuerzas, me dirigí hacia ellos a la carrera. No obstante, el venado se mantuvo alerta y volvió a escapar. Recibí una mirada de alivio del hombre, quien se puso de pie en cuanto llegué a su lado.

—¡Súbete, ya casi lo tenemos! —exclamó el hombre abriendo espacio en el asiento de la moto.

Con solo unas pocas palabras, establecí un lazo fraterno con aquel extraño. Pero no hubo tiempo para meditar. La captura del venado estaba próxima.

La oscura y poco transitada calle de Aquiles Serdán llegó a su fin. Emergimos en Juárez, una avenida principal iluminada y saturada de gente. Cuatro carriles, dos en cada dirección, separados por un camellón de un metro de ancho. El venado saltó con agilidad a través de la avenida, esquivando los vehículos. Parecía agotado y redujo su velocidad. Caminando con parsimonia, se fundió entre la multitud y lo observé extraer su teléfono.

De mi boca brotó un grito de auxilio que señalaba al venado, pero los presentes parecían habitar un mundo ajeno al nuestro. El ciervo seguía avanzando con calma sobre la acera, negando todo. Los bordes elevados del camellón nos impedían seguir su ruta por la Juárez. Lo contemplamos alejarse hacia la derecha, sin dejar de observarnos, más luego cambió de parecer y retornó por la izquierda. Para nosotros, se había adentrado en el carril contrario, pero mi compañero, obnubilado por el frenesí del momento, se lanzó sin dilación sobre la moto.

Esquivamos dos automóviles y algunos improperios. Al acercarnos al camellón, salté al pavimento impulsado por una nueva energía. El venado se hallaba a unos quince metros, ansioso por llamar a alguien. Sin embargo, desistió de inmediato al percibir mi avance y reemprendió la carrera. Mi breve descanso sobre la moto hizo la diferencia.

No lo alcancé de inmediato, pues el venado todavía podía correr, pero recortaba distancia a cada instante que pasaba. Sorteamos los puestos ambulantes y los establecimientos de la angosta Insurgentes. La muchedumbre escandalizada nos insultaba, pero el venado y yo no les hicimos caso. Yo corría impulsado por la inercia. El dolor retornó, más lo aguanté estoico. Finalmente, arribamos al cruce con la Hidalgo, donde la banqueta llegaba a su fin y logré alcanzarlo.

De manera instintiva, determiné cómo detenerlo. Tomarlo de la ropa y jalar hacia atrás era peligroso, porque podía liberarse. Entonces,

di un salto hacia adelante y lo empujé, aferrándome a sus hombros. El aumento de la velocidad y la presión sobre su cuerpo lo desestabilizó. Cayó de bruces y abruptamente sobre el asfalto. Allí lo sujeté como pude. En ese momento, descubrí que el venado era más bajo que yo. Y ambos, el venado y yo, supimos que era el final.

—¡No hice nada, no hice nada! —gritaba el venado con desesperación, una y otra vez. Recuperé el aliento y le respondí:

—Si no hiciste nada, ¿por qué corriste?

Mi compañero llegó escasos segundos después, dejó su motocicleta de lado y se sentó encima del venado, capturándolo. Era imposible escapar de aquella prisión improvisada.

—¡No hice nada, no hice nada! —gritaba el venado angustiado. Pero sus lamentos se fueron desvaneciendo en el aire.

Las miradas impertinentes de los curiosos nos rodearon mientras dos agentes se aproximaron a la escena. Apenas pude articular una palabra, solo lo había atrapado, nada más. Los agentes se hicieron cargo del ciervo mientras mi compañero explicaba el hurto que había acontecido minutos antes.

Poco después apareció otro hombre, enardecido.

—¡Si le pasa algo a mi esposa te mato, imbécil! —vociferó.

Uno de los agentes lo interceptó antes de que pudiera golpear al presunto delincuente. Los oficiales continuaron su pesquisa mientras aguardaban la patrulla.

En mi cabeza sólo estaba Blanca, quién seguramente estaría sola en el lugar donde la dejé.

—Ya me tengo que ir —pronuncié a mi aliado.

Nos despedimos con un apretón de manos y un abrazo. Él me agradeció observándome a los ojos, y yo le correspondí con una leve sonrisa antes de marcharme.

Cruzando nuevamente la Juárez, me adentré en la oscura calle de Aquiles Serdán. El ocaso había transformado el paisaje urbano en algo ajeno, en una dimensión extraña y alejada de todo lo cotidiano. La noche transformó la calle por completo: las farolas alumbrando con su luz parpadeante, los coches estacionados cubiertos de polvo y las aceras con grietas, todo parecía un lugar remoto y oculto a la vista, tan solitario como siempre lo había sido.

Fue entonces cuando una idea se apoderó de mi mente. La idea de que quizá esa misma tarde me había transformado en un héroe. Un ser noble y valiente, que no soportaba la injusticia ni la corrupción del mundo. Pero al mismo tiempo, me invadía una sensación de insignificancia, un gran vacío que amenazaba con consumirme. Mi victoria sobre el venado me supo amarga. Aquel no era el triunfo que buscaba, algo debía de estar mal.

De repente, mis ojos se posaron en un coche viejo, descolorido y cubierto de polvo. Me sentí atraído por su apariencia ajada y abandonada, como si hubiera sido olvidado en aquel lugar durante años. Me acerqué con curiosidad y miré a través del cristal lateral, pero todo lo que vi fue un reflejo difuso de mi figura. Una figura abstracta y extraña, que apenas podía reconocer. ¿Realmente era yo? Moví la cabeza para comprobarlo y confirmé mi identidad. Entonces, me invadió la reflexión sobre cómo el tiempo y la negligencia habían transformado aquel coche en un objeto ajeno e inútil, y cómo también había cambiado mi apariencia de tal forma que apenas me reconocía a mí mismo en aquel reflejo.

Blanca me esperaba. Dejé de perder el tiempo y continué mi camino. De repente, una sensación de inquietud me invadió. No sé en qué momento empecé a correr. Finalmente llegué al cruce donde se había desencadenado todo. Giré a la izquierda y ahí estaba ella, en el mismo sitio donde había dejado caer mi mochila. Donde un absurdo arrojo había provocado en mí aquel impulso. Sin detenerme a considerar que el ladrón pudiera ocultar una navaja entre sus ropas o un arma de fuego, o que sus cómplices estuvieran acechando detrás de los coches oxidados estacionados en la oscura calle Aquiles Serdán, listos para abalanzarse y abatirme. Pero no pensé en nada. Y a la vez, lo pensé todo.

Hasta que, finalmente, desperté junto a Blanca.

—¿Te encuentras bien? —pronunció con su melodiosa voz, arrancándome del trance— Sucede frecuentemente en el centro, no permitas que te afecte.

—Estoy bien —respondí—. Solo estaba pensando que quizá pude haber actuado.

Sí, tal vez pude haberlo hecho. Tal vez pude haber perseguido al ladrón del centro en vez de quedarme estático, imaginando un universo donde mis propias fantasías me sumergían en la miseria. Pero yo, al igual que el venado, tampoco hice nada.